Conferencia Continental sobre

"La Naturaleza de la Iglesia y Su Misión en Latinoamérica Hoy"

Bogotá, Colombia, Dic. 1-8-1963

GUIA DE

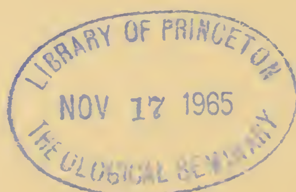
ESTUDIOS BIBLICOS

Para la Congregación

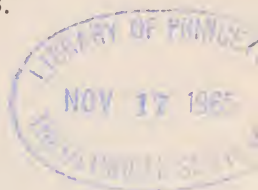
de la Iglesia Local

Por Gonzalo Castillo Cárdenas

Publicado por la Comisión de Cooperación Presbiteriana
en la América Latina,
Bogotá, Colombia, Abril de 1963



Conferencia continental sobre
"La Naturaleza de la Iglesia y Su Misión en Latinoamérica Hoy"
Bogotá, Colombia, Dic. 1-8, 1963.
(Material Preparatorio Nº 3)



Guía de
ESTUDIOS BIBLICOS
Para la Congregación de la Iglesia Local

Por GONZALO CASTILLO CARDENAS

Publicado por la Comisión de Cooperación Presbiteriana
en la América Latina

Bogotá, Colombia, Abril de 1963

Imp. en la Editorial Iqueima - Calle 24 Nº 21-33 - Bogotá

INTRODUCCION

La presente Guía de Estudios Bíblicos se ha preparado a petición de la Comisión Organizadora de la Conferencia Continental que habrá de celebrarse en diciembre bajo el tema: "La Naturaleza de la Iglesia y Su Misión en Latinoamérica Hoy".

Tanto la Comisión Organizadora como el autor de los estudios aspiran a que este librito sea útil a todas las congregaciones locales de la América Latina, especialmente como parte de la preparación para la Conferencia Continental de Diciembre.

El método seguido en cada estudio ha sido el siguiente: se ha seleccionado un pasaje bíblico que presenta en forma concentrada y enfática una verdad acerca de la Naturaleza de la Iglesia y Su Misión. El estudio se ha concentrado sobre dicho pasaje, aunque el autor ha tenido presente la enseñanza total de las Sagradas Escrituras sobre el mismo asunto. Fruto de este estudio ha surgido un corto comentario, una breve exposición de versículos claves, y finalmente, una serie de preguntas para reflexión en grupo. Las preguntas se refieren algunas veces al texto mismo, otras veces al asunto general tratado por el pasaje. Se ha procurado relacionar la enseñanza del texto con las cuestiones y problemas más apremiantes que presenta la situación misionera en el día de hoy en América Latina.

No se ha intentado sacar de los pasajes bíblicos conclusiones fijas sobre asuntos concretos de administración, organización o estrategia misionera. Se ha procurado, sin embargo, dar pie para que dichas conclusiones se alcancen, bajo la dirección del Espíritu Santo, durante el estudio en grupo.

Después de estas breves observaciones solo nos queda encomendar este sencillo trabajo al Señor y orar para que resulte útil a la congregación local.

Gonzalo Castillo Cardenas

I. LA ASAMBLEA CONSTITUTIVA DE LA IGLESIA

Léase *San Juan* 20: 19-23.

"*En la tarde del mismo día, el primero de la semana, estando cerradas, por temor de los judíos, las puertas donde los discípulos se hallaban, vino Jesús, se puso en medio de ellos, y les dijo: "Paz a vosotros... como me envió el Padre así también yo os envío... Tomad el Espíritu Santo... a los que remitiéreis los pecados, remitidos le son, a los que les retuviéreis los pecados, retenidos le son*".

Este pasaje es muy apropiado para iniciar una serie de estudios bíblicos sobre "La Naturaleza de la Iglesia y su Misión en Latinoamérica Hoy". En primer lugar, porque la situación inicial de los discípulos, según se describe aquí ("con las puertas trancadas por miedo de los judíos"), podría ofrecer cierta base de comparación con algunas situaciones de la Iglesia Presbiteriana de América Latina.

Hay, en efecto, distintas razones para temer y cerrar las puertas. El mundo exterior, por ejemplo, puede parecer colosal, amenazante, prepotente, frente a una iglesia pequeña, sin recursos materiales ni *status* social. La secularización reinante y envolvente, el comunismo, los cambios bruscos y aun violentos, todo esto puede producir un creciente sentido de debilidad. Hay, también, otro tipo de temor, que puede provenir desde dentro de la organización eclesiástica, por ejemplo, de un cierto sentido de frustración. Un pastor comen-

taba: "No sé qué hacer. Los miembros no cooperan con los ancianos, y los ancianos no cooperan conmigo". Algunas iglesias dan a veces la impresión de estar totalmente agotadas por el esfuerzo que les demanda el permanecer, simplemente, donde ahora están. Esto se debe a veces a las energías excesivas que demanda el mantener una determinada estructura eclesiástica, que ha requerido tiempo, esfuerzo y dinero para mantenerla. Cuando estos temores sobrevienen el resultado es el encierro de la iglesia, su estancamiento y la paralización de su labor misionera. Pero sea que podamos, o no, trazar esta comparación con la situación contemporánea, el pasaje de San Juan 20: 19-23 es de suma importancia porque hace resaltar los tres "elementos" que intervinieron en la creación de la Iglesia Cristiana: el Cristo Resucitado, el envío de la comunidad al mundo y el Don del Espíritu Santo. Cada uno de estos tres *momentos* en la creación de la iglesia son de igual importancia como criterios para determinar la autenticidad de la iglesia cristiana. El Cristo Resucitado es, en efecto, la motivación, el contenido, y la autoridad de la Iglesia. Esta solo se constituye, sin embargo, en el momento de ser enviada al mundo, de manera que su misión es parte integral de su creación. Y es *en* el Espírtu Santo, y por su poder, que la iglesia deja de ser una agregación de individuos temerosos para tornarse en una congregación misionera, en la iglesia de Cristo.

Desde aquel primer momento a que se refiere San Juan 20, hasta el día de hoy, la Iglesia cristiana se halla dondequiera que dos o tres creyentes toman conciencia de la presencia entre ellos del Cristo Resucitado que los envía al mundo en el poder del Espíritu Santo.

Si hoy somos conscientes de la necesidad de una renovación en la Iglesia, es necesario antes que nada que volvamos nuestros ojos al primer momento cuando la Iglesia fue constituída, y examinemos nuestra vida congregacional a la luz de los tres criterios mencionados.

v. 19: ¿Qué es lo que levanta el ánimo a los discípulos? Obviamente es la presencia del Cristo Resucitado en medio de ellos. Esta transformación producida por la resurrección de Cristo, y por su presencia en medio de los creyentes, es lo que da origen a la Iglesia. Si seguimos los pasos de la comunidad cristiana a través del libro de los Hechos, veremos en efecto, que esta realidad (la resurrección) es la motivación de su vida y acción, el contenido y autoridad de su mensaje, la base de su valor y confianza (Comp. Hechos 3: 15, 16; 7: 55, 56; I Cor. 15: 3, 15; 14, 17).

v. 20: Las heridas de las manos y el costado, son las señales del cumplimiento de la misión encomendada por Su Padre. El Nuevo Testamento nos confirma, en efecto, que el sufrimiento es la forma primordial de testimonio. Para San Pablo el sufrir por Cristo es no sólo parte del testimonio cristiano, sino un privilegio concedido por Cristo mismo, y una señal o marca de *estar en Cristo* (Comp. Fil. 3: 8-10; II Cor. 1: 3-7; I Cor. 4: 9-13).

v. 21: "Paz a vosotros". La Iglesia es la comunidad de discípulos a quienes Cristo ha dado su paz, y ha constituído en emisarios de esa paz. ("La paz os dejo, mi paz os doy, no como el mundo la da, yo os la doy"). San Pablo describe la obra de Cristo en términos de "traer la paz" a los cercanos y a los lejanos (Ef. 2: 14-19), esto es, la demolición de las más profundas barreras naturales (judío y gentil, bárbaro y griego, mujer y hombre), y la creación de una nueva comunidad en donde todos son "miembros de la familia de Dios" (Ef. 2: 19). Al don de la paz, sigue el envío al mundo: "Como el Padre me ha enviado a mí, así también yo os envío". La fundación de la Iglesia, su constitución, se confunde con el acto de ser enviada al mundo. La Iglesia, en efecto, es la misión.

v. 22: La gran comisión de "Ir", se halla íntimamente ligada con el Don del Espíritu Santo. En un sentido muy

real será el mismo Cristo Resucitado, por medio del Espíritu, quien cumplirá la misión en el mundo a través de los discípulos. Recuérdense las palabras: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Los tres grandes momentos que señalan la creación de la Iglesia son, pues, la presencia del Cristo Resucitado, el envío al mundo y el Don del Espíritu.

v. 23: La Iglesia, en sí misma, es instrumento de salvación o de perdición, de perdón o de condenación. La responsabilidad que recae sobre la Iglesia, en el cumplimiento de su misión, es terrible (Comp. "Hay de mí si no predicare el Evangelio").

Reflexionemos:

1. ¿Qué significa para la Iglesia de nuestro país el Cristo Resucitado?

2. ¿Es la resurrección de Cristo la motivación, el contenido y la autoridad de nuestra acción misionera?

3. A la luz del pasaje estudiado, ¿qué otras motivaciones que a menudo parecen animar la obra misionera y evangelística, caen bajo el juicio de la palabra de Dios? (Piénsese, por ejemplo, en la motivación estadística, o aquella que tiene por objeto reforzar nuestra propia organización eclesiástica en relación con otras denominaciones, o el temor de algún enemigo, etc.).

4. ¿Dan nuestras iglesias la impresión de haber recibido la "paz de Dios", y de ser portadoras de esa paz? El Obispo Newbigin ha comentado: cuando los pueblos en donde misionamos "ven las actividades rivales en que nos empeñamos, el afán por fortalecer nuestras propias organizaciones, nuestro entusiasmo por las estadísticas, la exaltación del administrador por encima del pastor... cuando miran especial-

mente nuestro testimonio fragmentado, nuestras divisiones... cuando observan que aquellos que predican la misma expiación son incapaces de vivir unidos en una sola familia, ¡qué difícil debe ser para ellos creer que realmente somos los portadores de la paz de Dios!"

5. Hemos notado que el sufrimiento se nos revela en el Nuevo Testamento como *una marca* del cumplimiento de la misión. ¿Está bien para nosotros el tener como ideal la imagen de una Iglesia que vive en abundancia, de templos lujosos, de una situación en que el gobierno esté de nuestra parte, etc.? ¿Es este un ideal genuino?

6. El Nuevo Testamento nos presenta la imagen del Cristo que "se humilla a sí mismo tomando la forma de siervo", que toma el lebrillo y la toalla y se inclina a limpiar los pies de los discípulos. ¿Qué dice esto a la Iglesia de Latinoamérica hoy?

II. "EL PUEBLO PROPIO DE DIOS"

I Ped. 2: 9-10

"...*vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, el pueblo mismo de Dios, a fin de que publiquéis las excelencias de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. En otro tiempo vosotros no érais pueblo, mas ahora sois el pueblo de Dios; en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, mas ahora habéis alcanzado misericordia*".

La comunidad que tiene su origen en la resurrección y en la efusión del Espíritu, la Iglesia, es descrita por el Apóstol Pedro en el pasaje que hemos citado arriba, en toda su grandeza y misterio: ella es el milagro maravilloso de Dios, la más grande de sus "obras poderosas". Es necesario que hagamos un estudio detenido de este pasaje.

La primera carta del Apóstol Pedro está dirigida "a los expatriados de la dispersión" (1: 1). Se trata de grupos pequeños de cristianos dispersos por toda el Asia Menor. Los versículos 9-10 son la culminación del pasaje 2: 1-10, en donde se hace hincapié en el contraste entre los que rechazan el Evangelio, por un lado, y la Iglesia que lo ha aceptado, por otro. La descripción de la Iglesia tiene el carácter de un himno. Mas no se trata de un canto impersonal y contemplativo. Se refiere más bien, a una comunidad concreta, que se halla dispersa en Asia Menor, asediada posiblemente por el complejo de minoría y de falta de *status* social. A esta

comunidad se dirige el Apóstol para recordarle su verdadera naturaleza.

Los cuatro títulos que el Apóstol da a la Iglesia son tomados del Antiguo Testamento (Ex. 19: 5-6; Is. 43: 20; 61: 6), y tienen por objeto recordar que la Iglesia ha tomado el lugar de Israel. Que los planes de Dios no han fracasado a causa del rechazo de Cristo por los judíos, sino que se están cumpliendo precisamente en los que creen en Jesucristo, sean judíos o gentiles. Examinemos estos cuatro títulos.

"*Vosotros sois linaje escogido*" ("raza elegida"). Compárese Is. 43: 20. Al hablar de la Iglesia, se está hablando en realidad de una "raza" (*génos*), elegida por Dios. Se trata de un "linaje" nuevo de seres humanos "los cuales no han sido engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1: 11-13). El milagro y enigma de la elección, que Israel no pudo ni quiso comprender, continúa: la comunidad cristiana es un linaje *escogido.* Solo que ahora se hace patente el significado de esta elección: se trata de una elección *para servir al mundo.*

"*Vosotros sois... real sacerdocio*". La expersión es tomada de Ex. 19: 6, y subraya la misma verdad que el título anterior ("linaje escogido"), pero en forma positiva: la Iglesia ha sido escogida para un sacerdocio real. El sacerdocio, especialmente según es usado el término en Ex. 19: 6, no indica particularmente un "ministerio de sacrificio", sino la mediación de la instrucción y las bendiciones de Dios. La Iglesia es mediadora entre Dios y los hombres, en cuanto es el instrumento que Dios usa para su servicio al mundo (Comp. Mat. 28: 18-20 y Juan 20: 23). Puesto que se trata de un servicio prestado en el nombre del Rey ("Toda potestad me es dada... por tanto id"), la comunidad cristiana desempeña un sacerdocio *Real.*

"*Vosotros sois una nación santa*". No se usa aquí la palabra religiosa (*laós*, pueblo), que se aplica siempre a la nación

de Israel. Se usa en cambio el término secular (*ethnós*, nación, gentiles). En el Antiguo Testamento el adjetivo "santo" siempre se aplicaba al "pueblo de Israel". Ahora, aquellos que Dios ha santificado con su llamamiento no están limitados a una nación en particular, sino que forman un pueblo heterogéneo, "de toda tribu y lengua y pueblo y nación" (Apoc. 7: 9). Los que creen en Jesús forman una nación "santa" (consagrada), a la misión de Dios.

"*Vosotros sois el pueblo* (laós) *mismo de Dios*". El uso de los dos términos consecutivamente, *ethnós* (gentiles), en el título anterior, y *laós* (pueblo de Dios), inmediatamente después, subraya el hecho de que en la nueva comunidad la pared divisoria ha sido derribada "por la sangre de Cristo" (Comp. Ef. 2: 14). En el mismo sentido que Israel era, en el Antiguo Testamento, "el pueblo (*laós*) de Dios" en contraste con los demás pueblos de la tierra (los gentiles), la Iglesia es ahora también "el pueblo (*laós*) de Dios" en un sentido muy especial. La frase subraya la iniciativa de Dios en adqurirse un pueblo para sí mismo de entre los gentiles (Comp. Hech. 15: 14).

"*Para que publiquéis las excelencias de Aquel que os llamó...*" Todo el peso de frase recae sobre la preposición inicial, *jopós*, "para que", "a fin de que". La creación de la nueva comunidad, su elección, su elevado carácter (linaje escogdo, sacerdocio real, nación consagrada, el pueblo propio de Dios), tiene un solo propósito: la proclamación, el testimonio, la misión. Solo en cuanto la iglesia es comunidad misionera, es también "pueblo de Dios". Y viceversa, solo en su carácter de "linaje escogido, de pueblo consagrado..." es que la iglesia tiene la misión de proclamar.

"Las excelencias" no son cualidades abstractas (bondad, grandeza, poder infinito, eminencia, etc.), que la mente humana pueda imaginar, sino más bien "los hechos (*aretás*) maravillosos" de Dios. Se trata de lo que Dios ha hecho a la

vista de todos y de lo cual, como decían los discípulos, "nosotros somos testigos". Estos "hechos" son principalmente la vida, muerte, resurrección, presencia permanente, y poder transformador de Cristo. En la comunidad de Cristo son estos los hechos que se proclaman, y no otros.

El apóstol especifica en la msma frase que se trata de la obra "*de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*". Este *llamado* de Cristo crea la comunidad cristiana. Se trata de la misma *palabra creadora* de Dios que en el principio "creó los cielos y la tierra" de las tinieblas de la nada (Gen. 1, comp. Sal. 33: 9). Los discípulos deben proclamar al mundo que una nueva creación ha comenzado, que el Reino de los Cielos se ha acercado.

Las tinieblas de las cuales Cristo ha sacado la comunidad son las tinieblas de la separación de Dios, y *la luz admirable* (en singular), es la única luz, la presencia y compañía de Dios: "He aquí yo estoy con vosotros..." (Comp. Ef. 2: 12-13).

"*En otro tiempo vosotros no érais pueblo, mas ahora sois el pueblo de Dios...*" Estas palabras han sido tomadas de Oseas 1: 6-11, 2: 23, en donde se aplican al pueblo de Israel. En nuestro texto la frase indica que las tinieblas de las cuales Dios sacó la comunidad cristiana, son las tinieblas de "no ser el pueblo de Dios", de hallarse "separados de Cristo, alejados de la república de Israel, y extranjeros a los pactos de promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Ef. 2: 12).

Es importante notar el contraste "*en otro tiempo... mas ahora*", que subraya el cambio completo de condición operado por el llamado de Cristo. Este cambio consiste en haber sido acercados a Dios y poder gozar de su compañía, en *ser* "el pueblo mismo de Dios" (Comp. Ef. 2: 13: "vosotros que que en otro tiempo estábais lejos habéis sido acercados por la sangre de Cristo"). Nótese también que, a través de todo el pasaje, se establece el contraste entre el plural de la

condición humana, "vosotros", y el singular de la creación de Dios, "el pueblo de Dios" (Comp. "el linaje", "(el) real sacerdocio", "(la) nación santa"). Hay solo un *pueblo.* una iglesia, que Dios reconoce como *su pueblo.*

La última frase "*...antes no habíais alcanzado misericordia, mas ahora habéis alcanzado misecordia*", es sinónimo de la frase anterior. *Ser* el pueblo de Dios significa *haber recibido* misericordia. En otras palabras, la iglesia es constituída y sostenida, día tras día, por la misericordia de Dios. *Reflexionemos*:

1. ¿Qué relación existe entre "el pueblo de Dios" (la iglesia), y los otros pueblos o sociedades humanas? ¿Cuáles son las genuinas peculiariddes del "pueblo de Dios"?

2. ¿Existe la tendenca a olvidar las peculiaridades genuinas de la iglesia y a reemplazarlas por otras puramente humanas?

3. Alguien ha observado que "una de las claves de la misión espontánea de la iglesia primitiva fue precisamente la fuerte convicción de ser, en un sentido muy especial, *el pueblo propio de Dios*". No es un secreto para nadie el que la apropiación consciente de esta verdad bíblica se ha debilitado o desaparecido, particularmente entre las iglesias más "respetables" e "históricas". Solo los "pentecostales", "adventistas", "misiones de santidad" y otros grupos parecidos, han mantenido viva esta consciencia de ser el pueblo (*laós*) peculiar de Dios. Esta parece ser una de las causas de que su celo y expansión misionera sobrepase, en mucho, al de las iglesias Protestantes y Católicas tradicionales. La pregunta que surge es la siguiente: ¿Cómo puede avivarse en nuestras iglesias la fuerte convicción de ser *el pueblo propio y peculiar de Dios*, sin que esto conduzca inmediatamente a aberraciones sectarias?

4. El tener consciencia de ser "el pueblo escogido" pudiera producir en la iglesia una peligrosa complacencia y un

arrogante sentido de superioridad. ¿Qué elemento del texto (I Pedro 2: 9-10) hace imposible una actitud semejante?

5. ¿Qué consecuencias prácticas tiene para la congregación local el recordar que su origen como iglesia, se halla en *la misericordia de Dios?* Considérense las siguientes palabras: "Cuando una comunidad vive de la misericordia de Dios revela el poder de Dios amando a sus enemigos y orando por sus perseguidores. Mientras el pueblo de Dios es fiel a esta misericordia no puede sentirse superior a otras comunidades. Nunca puede dejarse dominar por ambiciones de prestigio y poder temporal, sino solo por la gratitud y el gozo de la presencia de Dios. Nunca puede sentirse vencido por el temor de su propia suerte, porque tanto el futuro como el presente, tanto la vida como la muerte, han sido redimidas por el poder del amor de Dios". (Paul S. Minear, *Jesus and His People*, p. 20).

6. A la luz del pasaje estudiado, ¿qué significa "el sacerdocio universal de todos los creyentes"?

III. "YO OS ENVIO"

San Juan 20: 20-21
Hechos 1: 8
S. Mateo 28: 18-20

"Entonces Jesús volvió a decirles: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado a mí, así también yo os envío a vosotros".
"...me seréis testigos tanto en Jerusalem como en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra".
"...Id, por tanto, y haced discípulos de todas las naciones".

La iglesia es una comunidad misionera, esto es, enviada al mundo para proclamar la resurrección de Cristo. La resurrección y el descenso del Espíritu (como ya hemos visto) dan origen a la iglesia. La tarea que se le asigna es clara: ir y hacer discípulos de estre todas las naciones. El hacer discípulos, sin embargo, es una consecuencia del "Ir". Es aquí donde recae el énfasis. Esa es su naturaleza, su esencia: debe ser una comunidad en marcha, en peregrinje, "hasta los fines de la tierra". Los discípulos vendrán como un resultado de su testimonio entre las naciones. Esta orden de viajar, este imperativo de salir, de "Ir", es lo que distingue "el nuevo Israel" (la iglesia) del "antiguo Israel" (el pueblo judío). Con limitadísimas excepciones (cf. Is. 42: 1-4, y 49: 6), los escritores del Antiguo Testamento concibieron su misión universal en forma centrípeta. Las naciones habrían de *venir* a

Israel para conocer la ley del Señor y ser salvas (Is. 2: 2-5, Miq. 4: 1, Zac. 8: 20-21, 14: 16). En cambio el carácter centrífugo de la misión es peculiar a la iglesia cristiana.

Pero, ¿cuál es la misión de la iglesia entre las naciones? El Nuevo Testamento, especialmente los evangelios y el libro de los Hechos, presentan la misión de la iglesia como una continuación de la misión de Jesús. Los evangelios narran "lo que Jesús *comenzó* a hacer y a enseñar" (Hechos 1: 1). A través de la iglesia El continúa su misión en el mundo. Oigamos los términos en que Jesús concibió su misión: "El Espíritu del Señor es sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas noticias a los pobres: me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; para pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; para poner en libertad a los quebrantados: para predicar el año agradable del Señor" (Luc. 4: 18-19). No puede ser otro el contenido de la misión de la iglesia.

Los escritores del Nuevo Testamento interpretan estos hechos con términos muy diversos. Jesús vino para hacer la Voluntad de Su Padre; para que los hombres creyendo en El fueran justificados; para que pudieran tener paz con Dios y comunión los unos con los otros; para reconciliar al mundo con Dios; para que los hombres tuvieran vida verdadera; para buscar y salvar lo que se había perdido; para servir, no para ser servido, y para dar su vida en rescate por muchos. Todas estas frases describen un cierto aspecto de la Obra de Cristo y sirven para recordarnos las muchas dimensiones de la misión que Jesucristo confió a su iglesia.

Todo esto significa "que el Reino de los Cielos" se ha acercado. En efecto, la iglesia por medio del cumplimiento de su misión es también la señal y el portento de que el Reino de Dios está ya presente en medio de las naciones, y que la consumación final se acerca. ("He aquí yo estoy con vosotros todos los días *hasta el fin del mundo*").

Reflexionemos:

1. ¿Qué se quiere decir cuando se afirma que "la Iglesia es la Misión"? En relación con los pasajes estudiados, coméntese la siguiente afirmación: "La misión (que es la misión de Dios), ha sido confiada al *cuerpo íntegro* de aquellos que creen en Jesús, y que permanecen *en El* al participar en su misión".

2. ¿Qué significa para nosotros "los fines de la tierra"? Hoy en día se han enviado misioneros hasta los rincones más remotos del mundo, ¿significa esto que la misión está ya cumplida? ¿Qué es lo que caracteriza una actividad misionera? ¿Se trata solo del cruce de fronteras geográficas? El Obispo Lesslie Newbigin ha dicho: "La característica fundamental (de una actividad misionera) consiste en el cruce de fronteras entre la fe en Jesucristo como Señor, y la incredulidad". (*Un cuerpo*, *un Evangelio*, *un Mundo*, p. 42). ¿Qué quiere decir esto? Según esto, ¿dónde se encuentran hoy los principales "campos de misión"?

3. ¿Es lo mismo *misión* que *evangelismo?* El evangelismo se ha definido como "la actividad oral o escrita por medio de la cual se comunican las nuevas redentoras de las obras de Dios". ¿Agota esta actividad la misión de la Iglesia? Contéstese esta pregunta a la luz del "manifiesto" de Jesús en la sinagoga de Nazareth al comenzar su ministerio público (Luc. 4: 18-19).

4. ¿Son nuestras iglesias locales congregaciones misioneras?

IV. "RECIBID EL ESPIRITU SANTO"

Juan 20: 22
Hechos 1: 8
Hechos 2: 4

"*...dicho esto, sopló en ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*".
"*...mas cuando venga el Espíritu Santo sobre vosotros recibiréis poder, y seréis mis testigos...*"
"*...y fueron todos llenos del Espíritu Santo...*"

La misión no fue confiada a la Iglesia, como a simple corporación humana: es la continuación de la Obra de Cristo *por medio del Espíritu Santo*. El Espíritu es el que da testimonio de Cristo, y de este testimonio participan los discípulos (cf. Juan 15: 26-27). El Espíritu constituye los recursos y el poder con que cuentan los discípulos para cumplir la misión ("recibiréis poder y seréis mis testigos", Hech. 1: 8). El Espíritu es el Director máximo de la estrategia misionera de la Iglesia: El conoce la oportunidad y envía a Felipe en el momento oportuno (Hech. 8: 29-39). El selecciona los misioneros (Hech. 13: 2-3). El indica la dirección que deben seguir en su obra misionera (Hech. 16: 5-10). La imagen de la Iglesia que nos ofrece el Nuevo Testamento no es la de una institución eclesiástica que sienta sus reales en un lugar, establece sus oficinas e inicia su programa con ayuda de agentes cuidadosamente preparados. Más bien: es la imagen de una comunidad misionera que ha recibido el Espíritu

Santo, que se mueve bajo su dirección y que obra con Su poder.

La misión de la iglesia es, pues, la misión del Espíritu Santo. La iglesia es la comunidad que da expresión visible a la obra que el Espíritu está realizando en el mundo. Este puede ser el significado de las difíciles palabras dirigidas por Jesús a los discípulos: "A los que les remitiéreis los pecados, remitidos le son; a quienes se los retuviéreis, retenidos le son" (Jn. 20: 23). Existe una participación tal de la iglesia en la obra del Espíritu, que *por medio de su misma vida* la iglesia es agente de salvación, instrumento de redención y de perdón, o bien de perdición y de condenación.

La presencia permanente que Cristo prometió a sus discípulos (S. Mat. 28: 20), se realiza en, y a través de, el Espíritu Santo. El descenso del Espíritu es en un sentido el retorno de Cristo. San Juan, especialmente, lo concibe como un retorno: 14: 1-6, 15: 19, 25-28, 16: 22. San Pablo en una frase compacta afirma que "El Señor es El Espíritu" (II Cor. 3: 17).

Las señales que acompañan la efusión del Espíritu en Hech. 2: 1-11, no dejan de tener un gran significado, para el curso que ha de seguir el Evangelio en el mundo: el Espíritu Santo se abrirá paso en forma irresistible y con poder vivificador (el "viento recio que corría", cf. Ezq. 37: 9). El Espíritu vencerá toda resistencia y hará que la Iglesia rinda un testimonio vivo y poderoso de Su presencia (las "lenguas de fuego", cf. Ex. 3: 2, Mat. 3: 11); el Espíritu creará una comprensión tal en el mundo capaz de establecer la unidad y fraternidad ("comenzaron a hablar en otras lenguas...", cf. Gen. 11).

El Espíritu Santo, por lo consiguiente, garantiza el poder de una vida nueva en la Iglesia, la presencia de Dios en el mundo y la proclamación y extensión del Evangelio.

Léase cuidadoasmente la narración de lo ocurrido el día de Pentecostés, en Hechos 2: 1-11:

v. 2. "un sonido como de viento". En la Biblia siempre se asocia la palabra "viento" con "Espíritu". Tanto en hebreo como en griego se usa la misma palabra para ambos significados. El sonido como de viento recio se interpreta, por lo tanto, como señal de la presencia del Espíritu.

v. 3. "Lenguas como de fuego". Se refiere a "Llamas de fuego", las cuales son en la Biblia símbolo de la presencia de Dios (comp. Ex. 19: 18, 24: 17, Hebreos 12: 29). Las llamas de fuego son distribuídas "sobre cada uno de ellos". En esta forma se cumple la promesa del bautismo "con el Espíritu Santo y con fuego" (Luc. 3: 16).

v. 4. "...y empezaron a hablar en otras lenguas". El fenómeno de *hablar en lenguas* es característico de la iglesia primitiva, contra cuya exageración San Pablo tiene que luchar en Corinto, I Cor. 14. Generalmente parece haber sido una especie de trance extático. El que lo experimentaba emitía sonidos incomprensibles. En este relato (Hech. 2: 4 ss.), es el único caso en que se afirma que se trataba de idiomas inteligibles. El escritor quiere subrayar el carácter universal del Evangelio.

vs. 5-10. La presencia en Jerusalem de judíos "de toda nación debajo del cielo" es perfectamente comprensible siendo que con motivo de la Pascua asistían a Jerusalem judíos de la Diáspora (dispersión), esto es, de todas partes donde había colonias judaicas. La mayor parte de ellos habría estado durante el juicio y la crucifixión de Jesús lo cual explica la fuerza del sermón de Pedro. También estaban presentes "prosélitos", esto es, gentiles convertidos al judaísmo.

Reflexionemos:

1. Según los pasajes que estamos considerando, ¿qué relación existe entre el "retorno de Cristo", y el descenso del

Espíritu Santo? ¿Y entre este último evento y la presencia permanente de Jesús prometida en Mat. 28: 20?

2. ¿Cuál es la relación entre el Espíritu Santo y el llamamiento a la misión? (Comp. Jn. 20: 22, Hech. 1: 8, etc.).

3. Se ha dicho que "El Espíritu Santo es el que garantiza el poder de una vida nueva en la iglesia, la presencia de Dios en el mundo y la proclamación y extensión del Evangelio". Entonces, ¿en qué forma participan los discípulos (la Iglesia) en la "misión de Cristo"?

4. ¿Es correcto decir que Jesús *delegó* su misión a sus discípulos? ¿O sería más correcto decir que *el mismo Jesús Resucitado* continúa su misión en el mundo, por medio del Espíritu Santo? ¿Cuáles han sido, o podrían ser, las consecuencias prácticas de una u otra convicción?

5. ¿Es el Espíritu Santo el Director, y supremo estratega, de la misión en nuestra iglesia local? ¿De nuestra iglesia nacional? ¿En qué forma se expresa esto? Considérese atentamente el pasaje de Hech. 16: 6-10. ¿Qué hay de extraordinario acerca de este relato? ¿Cómo puede la Iglesia hoy ser guiada por el Espíritu Santo?

6. A la luz de los sucesos de Pentecostés, ¿es posible o deseable una experiencia mística del Espíritu, aislada de la comunidad de la Iglesia, o de la inmediata obra misionera? ¿Qué decir del concepto corriente según el cual una persona "piadosa" o "espiritual", es una que se recoge dentro de sí, y se "aisla del mundo"?

7. Hemos observado que el Espíritu Santo constituye los recursos y el poder con que cuentan los discípulos para cumplir su misión, según las palabras "recibiréis poder y seréis mis testigos". ¿Qué contestaríamos nosotros a la pregunta de San Pablo: "Recibísteis el Espíritu Santo cuando creísteis?" (Hech. 19: 2).

V. LA VIDA COMUNITARIA DE LA CONGREGACION LOCAL: *Un caso concreto*

Léase Hechos 2: 41-47, 4: 32-37

"*Aquellos. pues, que recibieron de buen grado su palabra, se bautizaron, y aquel día fueron agregadas a los discípulos unas tres mil almas. Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraternal, en el partimiento del pan y en las oraciones*".

Se trata de la congregación de Jerusalem. Esta comunidad, siendo la "Iglesia madre", llegó a convertirse en el símbolo de la Iglesia Universal. El relato de su manera de vida está consignado en los pasajes citados. Dicho relato tiene mucho que enseñarnos en cuanto al testimonio de la vida comunitaria de la iglesia. En efecto, nos enseña que la proclamación de los hechos poderosos de Dios ocurre no solo de palabra y obra, sino que tiene lugar *en la existencia misma de la comunidad cristiana.*

Una cosa extraordinaria acerca de esta congregación es la diversidad de material con el cual fue creada. Los doce apóstoles eran galileos. Los ciento veinte que menciona Hech. 1: 15, eran hombres y mujeres de todas las capas del judaísmo, incluyendo algunos de Jerusalem. Los tres mil que se unieron el día de Pentecostés añadieron una variedad casi indefinida a la congregación (Comp. Hech. 2: 9-11). Tal vez la mayoría de los convertidos en Pentecostés eran visitantes en Jesusalem y regresaron a sus países después de la

fiesta. Pero muchos, presumiblemente, se quedaron retenidos por su adhesión y entusiasmo con la nueva fe. Posiblemente se hospedaron en casas de cristianos de Jerusalem.

Una cosa tuvieron en común para comenzar: "recibieron de buen grado la palabra" (2: 41), y fueron bautizados. El bautismo no solo fue en agua, sino en Espíritu Santo (2: 38b comp. Hech. 1: 5). El don del Espíritu Santo Santo llegó a ser la señal, que identificaba a los cristianos.

Así fue hasta mucho más tarde. Compárese la pregunta de San Pablo: "¿Recibísteis el Espíritu Santo cuando creísteis?" Hech. 19: 2. Comp. también la afirmación: "Y si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él", Rom. 8: 9.

Este don los introdujo, como miembros, a una comunidad cuya vida interna es *en sí misma* proclamación del evangelio. Un resumen de esta vida comunitaria lo encontramos en Hech. 2: 42. Este es un versículo que debemos estudiar detenidamente.

1. "*La enseñanza de los apóstoles*". Todo lo que se enseñaba a un convertido: la instrucción inicial incluyendo el Evangelio mismo, la enseñanza sobre adoración, vida y conducta individual y colectiva. Buena parte de las epístoles del Nuevo Testamento contienen este tipo de instrucción. Colecciones de dichos de Jesús, tales como el sermón del Monte, eran probablemente parte de la misma enseñanza.

2. "*La comunión fraternal*". La palabra empleada (*koinonía*), tiene un significado más amplio y profundo que el de mera fraternidad o compañerismo. Incluye la *participación* en la vida de Cristo y en el Espíritu Santo (Fil. 1: 7, 2: 1; I Cor. 1: 9, etc.). Es gracias a esta participación en el Espíritu de Dios que los cristianos llegan a sentirse unidos en comunión fraternal (Comp. I Jn. 1: 3). De esta fuente profunda surgió el llamado "comunismo primitivo" (Hech. 2:

44-45, 4: 32-37) la unidad visible entre ellos ("eran de un corazón y un alma...", comp. 2: 46, 4: 23), y el crecimiento espontáneo de la comunidad (2: 47b). La comunión fraternal entre los cristianos produjo aquella desprevención y candor hacia los otros miembros de la congregación, contra lo cual pecaron Ananías y Safira con su intento de engañar.

3. *"El partimiento del pan"*. Se refiere a comidas en común (*ágapes*), o comidas fraternales, tenidas en las casas de los miembros (Comp. 2: 46). Muy probablemente incluían la *Eucaristía*, o Santa Cena, que era la promesa y señal de la presencia del Resucitado entre ellos, y la anticipación de su retorno. Esto es confirmado por San Pablo en su recuento de la institución de la Santa Cena (I Cor. 11). El Apóstol afirma que se trata de *una tradición* que él se ha encargado de transmitir: "porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado..."

4. *"Las oraciones"*. Además de las oraciones que seguramente acompañaban los "cultos" en las casas, la comunidad primitiva observaba "las horas" establecidas por los judíos para oración en el templo. En el Nuevo Testamento tenemos oraciones, y ecos de oraciones de la iglesia primitiva (Comp. Hech. 4: 24-31, I Cor. 16: 22).

Reflexionemos:

1. Se ha dicho que *la totalidad de la vida comunitaria* de la iglesia es parte de la proclamación del Evangelio. ¿Nos da esa impresión el pasaje que hemos estudiado? ¿Dan esa impresión nuestras congregaciones locales?

2. La vida comunitaria de la iglesia es "señal" de que el Reino de Dios "está entre vosotros". ¿Son nuestras congregaciones "señales" del Reino de Dios?

3. Hechos 4: 32 dice que la iglesia "era de un corazón y de un alma", e inmediatamente después sigue describiendo la "comunidad de bienes". Sin detenernos a discutir el valor económico de ese "comunismo primitivo", ¿qué nos sugiere

el pasaje en cuanto a la relación entre "unidad espiritual" y las implicaciones de esa unidad en los aspectos prácticos?

4. ¿Qué señales muestran que nuestras congregaciones "perseveran en la *comunión fraternal*"? ¿Qué relación existe entre esta cualidad y el Don del Espíritu? Alguien ha dicho: "Una aceptación espontánea dentro de la vida congregacional de todo convertido que participa en el Espíritu Santo es una señal de perseverar en "la comunión". La frialdad y prevención con la cual se recibe a veces un nuevo miembro es la negación de esta "comunión". No se puede pensar que aquellos que perseveran "en la participación del Espíritu" deseen guardar sus bendiciones exclusivamente para ellos. Coméntese esta afirmación a la luz del pasaje estudiado.

5. Cuando en el año 259 A. D. una peste azotó la ciudad de Alejandría, el obispo Dionisio escribió: "La mayoría de nuestros hermanos no se protegieron a sí mismos sino que se mantuvieron en el más estrecho contacto con sus vecinos. No tuvieron miedo de visitar a los enfermos, de cuidarlos y atenderlos en el nombre de Cristo, y de morir gozosamente con ellos... muchos perdieron sus propias vidas después de restablecer la salud de otros tomando así la muerte de ellos sobre sí mismos... En esta forma murieron algunos de los más nobles de nuestros hermanos —algunos presbíteros, diáconos y laicos muy estimados...—. Los paganos, en cambio, hacían exactamente lo contrario. Abandonaban a cualquer persona que comnezaba a enfermarse, aun a sus seres más queridos, echaban a los agonizantes a la calle, y se negaban a enterrarlos por temor a contagiarse". Un destacado historiador de la expansión misionera de la iglesia ha comentado: "¡Qué potente poder de atracción ha debido ejercer esta comunidad, tan pronto como sus motivos fueron comprendidos! Fue esto, y no evangelista alguno, lo que resultó ser el misionero más efectivo. En efecto, podemos consignar como un hecho comprobado el que la mera existencia y actividad persistente de las comunidades cristianas locales hizo

más que ninguna otra cosa para producir la extensión de la religión cristiana" (Citado por H. R. Weber, *Laity Bulletin*, Nr. 4, p. 5).

6. Un escritor secular, escribiendo sobre las motivaciones que dan origen a los grandes movimientos humanos, ha dicho: "Un movimiento de masas que comienza atrae y retiene a sus seguidores... por el refugio que ofrece de las ansiedades, esterilidad e insipidez de una existencia individual. Tal movimiento cura la agria frustración de muchos hombres... libertándolos de sus impotentes "egos", y logra este resultado abrigándolos y absorbiéndolos dentro de una comunidad estrechamente unida y entusiasta" (Eric Hoffer, *The True Believer*, pp. 44-5). ¿Qué relación se puede descubrir entre este sentido de comunidad y el crecimiento espontáneo y rápido de algunas iglesias en América Latina?

7. ¿Qué contenido práctico damos a la expresión "hermano" que se usa a menudo en nuestras iglesias, siguiendo el ejemplo del Nuevo Testamento?

VI. LA EXPANSION ESPONTANEA DE LA IGLESIA: *Un caso concreto*

Hechos 11: 19-21

"*Aquellos, pues que habían sido esparcidos a causa de la tribulación que sobrevino con motivo de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre, y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino solamente a los judíos. Pero entre ellos había unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, habiendo llegado a Antioquía, comenzaron a hablarles también a los griegos, predicándoles al Señor Jesús. Y la mano del Señor era con ellos, y un gran número de personas creyeron y se convirtieron al Señor*".

Léase Hech. 8: 1-17; 11: 19-26; 13: 1-3.

El martirio de Esteban y la persecución contra la iglesia que se desató en Jerusalem (Hech. 8: 1), produjo la dispersión de los creyentes. Estos, llevados por las circunstancias, comenzaron a cumplir la comisión del Señor: "los que habían sido esparcidos iban por todas partes anunciando la Palabra" (8: 4). Una línea de expansión se extendió por Samaria hasta Cesarea bajo la dirección de Felipe con abundantes frutos (8: 5 ss.). Otra, que se introduce en Hech. 11: 19, llega hasta Fenicia, Chipre y Antioquía. En este último lugar se produce un fenómeno extraordinario, pues el Evangelio es predicado no solo a los judíos, a los cuales se había limitado hasta este momento (11: 19), sino también a los "griegos". Así surge la primera gran iglesia "gentil".

La primera característica de esta expansión es la de que se debe a lo que nosotros llamaríamos "obra de los laicos". Un gran número de "testigos" desconocidos, entre los cuales habría probablemente comerciantes, artesanos, soldados, esclavos, mujeres, fueron los misioneros a quienes "acompañó la mano del Señor". En el caso de Samaria la iglesia de Jerusalem envía una comisión (dos apóstoles), para confirmar la obra realizada y cerciorarse de su "ortodoxia". A Antioquía, en cambio, no se envía un apóstol, sino a Bernabé, un laico, judío helenista él mismo (11: 22).

Una segunda característica es que la expansión no fue el producto de una determinada organización misionera. La iglesia de Jerusalem no se reunió en sesión "de negocios" a trazar los planes y decidir cómo iban a crecer. No se organizó una "campaña evangelística". Tampoco se fundó una Junta de Misiones. La expansión vino en forma espontánea. La expresión "Y llegó la noticia de ello a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalem" (11: 22, Comp. 8: 14), parece dar a entender que la iglesia "madre", incluyendo los apóstoles, fueron sorprendidos por lo que estaba aconteciendo.

Otra característica se implica en el conocido versículo 11: 26b, "En Antioquía los discípulos fueron llamados por primera vez cristianos". "Cristianos" es un sobrenombre (como Herodianos), probablemente aplicado en tono de burla. Indica, sin embargo, que aun los burlones e indiferentes, al darse cuenta de que la comunidad no era predominantemente judía, percibieron que se trataba de algo distinto, que requería un nombre nuevo. La iglesia cristiana comienza a definirse y su particularidad está ligada al nombre de Cristo.

La labor realizada por Bernabé y Saulo (Pablo) en Antioquía, parece haber estado concentrada en la enseñanza (11: 26). Se trataba seguramente de instrucción ética y práctica, así como de enseñanza acerca del Antiguo Testamento y del cumplimiento de las promesas en Cristo. El énfasis pa-

rece haber estado, sin embargo, en lo que hoy llamaríamos "preparación de laicos", debido a la lista de "líderes" locales que aparece en Hech. 13: 1.

Terminado este trabajo Bernabé y Saulo siguen hacia nuevos campos por la indicación del Espíritu. Los "líderes" de la iglesia local estuvieron convencidos de que se trataba de la voluntad del Espíritu Santo. No quisieron por tanto retenerlos sino que, "habiendo ayunado y orado, les pusieron las manos encima y los despidieron" (Hech. 13: 1-3). En esta forma, la línea de expansión que llegó a Antioquía se prolongará eventualmente hasta Roma y a todo el Occidente.

Reflexionemos:

1. ¿Qué elementos nos llaman más la atención en el proceso de expansión descrito en los pasajes estudiados?

2. ¿Qué nos dicen estos pasajes con relación a las modalidades de extensión evangelística de nuestras congregaciones locales? Alguien ha observado que "el apóstol Pablo y los demás apóstoles aparentemente hicieron muy poco (cosa sorprendente) para estimular a los cristianos a proclamar el Evangelio en su medio pagano. No organizan campañas evangelísticas, ni juntas de misiones, y llevan a cabo muy poca actividad misionera organizada. Y sin embargo, la iglesia crecía constantemente. ¡Los apóstoles murieron y la iglesia continuó crecinedo!" Coméntese esta afirmación en relación con los pasajes estudiados y con las modalidades actuales de evangelización.

3. Al recibir el llamado del Espíritu, la iglesia de Antioquía separa sus dos líderes más capaces y los envía en misión. ¿Qué nos indica tal procedimiento del concepto misionero de la iglesia? ¿Hacen nuestras iglesias cosa semejante? ¿En qué forma pueden nuestras congregaciones escuchar hoy el llamado del Espíritu?

4. El movimiento misionero moderno se ha caracterizado por el envío a otras tierras de misioneros profesionales, pagados por una Junta de Misiones y responsables a ella. Las circunstancias políticas (y otras circunstancias) tienden a hacer esta práctica más y más difícil. A este respecto un destacado teólogo misionero ha dicho: "Podría ser que lo que aconteció en otros tiempos, y que todavía está aconteciendo en algunos lugares, deba ser la norma para las décadas venideras, es decir, que la misión de la iglesia debe llevarse a cabo —fundamentalmente hablando— no por obreros profesionales asalariados, que trabajan dentro del engranaje de organizaciones superestructuradas, sino más bien por una multitud de cristianos no profesionales —comerciantes, viajeros, soldados, peones y hasta limosneros". Coméntese esta afirmación en conexión con el proceso de expansión espontánea que describen los pasajes bíblicos estudiados.

VII. CONFLICTOS DE LA EXPANSION MISIONERA: *Un caso concreto*

"Entonces bajaron de Judea ciertos hombres que enseñaban a los hermanos, diciendo: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos. Y como Pablo y Bernabé tuviesen no poca contienda y discusión con ellos, se dispuso que Pablo y Bernabé, con algunos otros de entre ellos, subiesen a Jerusalem, a los apóstoles y ancianos, para tratar de esta cuestión".

"Cuando llegaron a Jerusalem, fueron cordialmente acogidos por la iglesia, los apóstoles y los ancianos; y contaron todas las cosas que Dios había hecho con ellos. Mas algunos de la secta de los fariseos que habían creído se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la ley de Moisés".

Léase Hechos 15: 1-34.

Se trata del primer gran conflicto o tropiezo en la historia de la iglesia, directamente relacionado con su expansión misionera. El problema se ventiló y solucionó en la primera Asamblea de "Apóstoles y Ancianos" que ha dado en llamarse el Concilio de Jerusalem (15: 6).

Con el crecimiento de las congregaciones "gentiles" se agudizó la cuestión de si los cristianos "no judíos" habían

de guardar la ley judaica, especialmente la circuncisión, o no. El problema básico consistía en la variedad de convicciones existentes en cuanto al propósito de Dios para con los gentiles, y las relaciones entre judíos y gentiles dentro de la iglesia. Los judío-cristianos compartían la convicción tradicional de su nación con relación a los demás pueblos. Dios tenía un propósito para los demás pueblos, pero este plan solo podría cumplirse si ellos aceptaban la Ley y se hacían judíos. Jerusalem habría de ser el centro del mundo, y todas las naciones habrían de venir allí para adorar y ser instruídas en la Ley del Señor (Comp. Zac. 8: 20-23, Miq. 4). Para los judío-cristianos Jesús era, en primer término, el Mesías de los Judíos. El podría ser también el Mesías de los Gentiles solo si estos últimos se hacían judíos. Los gentiles podrían entrar al Reino de Dios solo por la puerta de la Ley de Moisés.

Ahora bien, en las congregaciones "gentiles", fruto de la expansión misionera de la iglesia, muchos no-judíos se habían hecho cristianos sin la menor intención de hacerse judíos. Este hecho suscitaba innumerables preguntas. ¿El pacto hecho por Dios con los judíos en Sinaí tenía vigencia perpetua, o no? ¿Había Jesús abolido la Ley de Moisés? ¿Es la fe suficiente para la salvación, o se necesita algo más? Entre los judío-cristianos, que eran los cristianos más antiguos y representaban "la iglesia madre", se pueden distinguir una variedad de actitudes frente a este problema:

1. Estaba la actitud más radical que descartaba toda vigencia de la Ley de Moisés, en vista del nuevo Pacto establecido por Jesús. Esta fue, por ejemplo, la actitud de Esteban (Hech. 7).

2. Había los que asignaban a los judíos un lugar especial dentro del Plan de Dios, y afirmaban por tanto que para los judío-cristanos la Ley de Moisés estaba todavía vigente, por lo menos en parte. Ella no debía, sin embargo, imponerse a los gentiles.

3. Había los que creían que, además de las leyes sobre alimentos, los cristianos gentiles deberían también circuncidarse para entrar a formar parte del Pueblo de Dios. Decían: "Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos" (15: 1).

4. Había también los más estrictos que insistían en el deber de los cristianos gentiles de cumplir toda la Ley. Decían: "Es necesario circuncidarles y mandarles que guarden la Ley de Moisés" (15: 5).

5. Había también la opinión, de que los gentiles no estaban obligados a guardar la Ley, pero que en iglesias mixtas (compuestas por judíos y gentiles), estos últimos debían estar dispuestos a aceptar ciertas prácticas judías (especialmente relacionadas con los alimentos), con el fin de hacer posibles los *ágapes* o comidas fraternales que representaban la unidad y fraternidad de los cristianos. Esta fue la posición acogida por el Concilio de Jeruaslem (15: 28-29) y que constituyó finalmente la solución del problema.

Están planteados en todo este episodio una serie de asuntos fundamentales para la tarea misionera de la iglesia. El primero, es el de la relación de las nuevas iglesias ("iglesias más jóvenes"), con la "iglesia madre". Los cristianos de Judea que descienden a Antioquía (15: 1) y que habrán de seguir más tarde los pasos del Apóstol Pablo, dan por sentado que tienen autoridad de indicar a las nuevas congregaciones lo que deben hacer. Se trata pues de saber si las nuevas iglesias tienen edrecho a decidir en estos asuntos fundamentales. Una respuesta la encontramos en el v. 5; otra en los vss. 8-9. ¿En dónde descansa finalmente la autoridad? Otro problema es el de la relación entre el judaísmo y el cristianismo. ¿Es el cristianismo algo decididamente nuevo? Si esto es así, significa esto que la unidad racial y cultural deja de ser un factor en la revelación divina? Otra cuestión básica es la relación entre Ley y Evangelio. ¿Impone el Evangelio ciertas "nor-

mas" o "leyes" de orden ético o ritual que el cristiano tiene que observar para pertenecer a la iglesia? Esto conduce a otra pregunta más fundamental: ¿de qué depende nuestra salvación? La respuesta del Apóstol Pedro en Hech. 15: 11 es definitiva.

Leamos cuidadosamente el pasaje asignado:

v. 2, 6. "*Los apóstoles y ancianos*". Parece que los apóstoles se reducen a "los doce". Solamente en Hech. 14: 4, 11, se da a Pablo y Bernabé este título. Pero en 9: 27 se implica una distinción entre ellos y los apóstoles. En I Cor. 15: 3-9, Pablo reclama su dignidad apostólica. "Los Ancianos" (presbíteros) parecen haber sido los gobernantes de una congregación local. En este caso, los de la iglesia de Jerusalem. Originalmente, en efecto, eran personas de cierta edad.

vs. 15-18. Compárese Amós 9: 11-12, Is. 45: 21. La promesa de "reedificar el tabernáculo de David..." es interpretada aquí en forma simbólica por Jacobo. La promesa se ha cumplido con la conversión de los gentiles.

vs. 20-29. Son versículos claves. Su interpretación no es clara. Parecerían una contradicción pues el espíritu de la Asamblea fue precisamente el de no "imponer carga alguna" sobre los gentiles. Pues, como dijo Pedro, "creemos ser salvos por la gracia del Señor Jesús". Se trata, sin embargo, de algunas concesiones consideradas "necesarias" (v. 28) no para la salvación, sino para hacer posible que los gentiles y los judíos participaran como hermanos en los ágapes fraternales que habían llegado a ser símbolos de la unidad y fraternidad de la iglesia y durante los cuales se celebraba la Santa Cena. El espíritu que produjo esta conclusión parece haber sido el expresado más tarde por San Pablo en I Cor. 8: 13, 10: 31-33. Las "abstenciones necesarias" eran cuatro: "contaminaciones de los ídolos" (viandas sacrificadas a los dioses paganos, que eran comúnmente vendidas en los mercados, comp. I Cor. 10: 24 ss.). "Fornicación" (a lo cual parece que eran espe-

cialmente propensos los paganos"). "Estrangulado y sangre", esto es, carne de animales matados por medio de estrangulamiento, considerada un manjar delicado por los paganos, pero estrictamente prohibida para los judíos por contener "sangre": compárese Gén. 9: 5, Lev. 3: 17, Deut. 12: 16, 23-25.

Reflexionemos:

1. A la luz de la "gracia" y del Don del Espíritu Santo, invocados en este pasaje (15: 8-11), ¿puede haber autoridad y subordinación entre iglesias cristianas? ¿Tenían los apóstoles una autoridad especial? Si es así, ¿dónde debemos buscarla hoy?

2. ¿Existe algún paralelo entre la insistencia judaica de que las leyes rituales y sociales, propias a su tradición, eran obligatorias para los gentiles convertidos, y la insistencia de algunas iglesias contemporáneas en ciertas normas éticas y costumbres sociales que deben caracterizar un verdadero cristiano, como requisito para ser reconocido como miembro "en plena comunión" de la iglesia? ¿Cuál es la semejanza entre ambas situaciones, y cuál es la diferencia?

3. ¿Qué incidencia tiene el pasaje estudiado sobre la cuestión de los requisitos que deben exigirse para ser admitida una persona a la "membresía" de la iglesia local?

4. ¿Cuál debe ser nuestra actitud cuando se presenta en la obra misionera o evangelística un problema semejante?

5. ¿Qué relación existe entre el problema planteado en el pasaje de Hechos 15, y la tendencia a considerar costumbres, tradiciones y sistemas propios de iglesias de otros países y culturas, como obligatorios o necesarios en los "países de misión"? ¿Qué relación tiene el pasaje estudiado con la necesidad de la "aculturación" de la iglesia de que se habla hoy?

6. Parece evidente que Bernabé y Pablo aparecían ante los cristianos más antiguos de Jerusalem, como "revolucio-

narios". En efecto, ¿no era en extremo peligroso abrir la puerta, de par en par, a todos los paganos, que no conocían la ley ni los profetas, ni participaban de la tradición usada por Dios, para revelarse a sí mismo en el pasado, ofreciéndoles la entrada al Pueblo de Dios solo por "la gracia"? Después de todo, la Ley de Moisés había sido lo único capaz de mantener al pueblo de Dios unido e incontaminado a pesar de la ocupación extranjera y del exilio. La Ley les había dado fuerza para resistir la degeneración moral que los rodeaba. Abandonarla, ¿no era una evolución peligrosa? En este caso, sin embargo, la "revolución" había sido producido por Dios. Bernabé y Pablo, y también Pedro, no hicieron otra cosa que pedir a "los apóstoles y ancianos" observar y reconocer lo que Dios había hecho y estaba haciendo (15: 8-9, 15: 12). ¿Qué nos enseña todo esto en cuanto a la tensión entre "lo nuevo" y "lo tradicional" que se presenta inevitablemente en cada generación?

7. Las reflexiones del punto anterior, nos conducen a una serie de preguntas difíciles que se pueden formular en forma sencilla: ¿Qué es esencial al Evangelio y qué no lo es? ¿Qué criterios deben guiar a la Iglesia para sustituír tradiciones o prácticas que, aun no siendo esenciales, han sido instrumentos útiles en las manos de Dios en el pasado, por prácticas y métodos nuevos? ¿Qué luz arroja el pasaje estudiado para la contestación de preguntas como estas?

VIII. OBRA MISIONERA Y REVOLUCION

"Hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño acerca del Camino. Porque un platero llamado Demetrio, que hacía templecillos de plata de Artemisa, y proporcionaba a los artífices no poca ganancia, reunió a estos, juntamente con los operarios de oficios similares, y les dijo: Señores, bien sabéis que de este negocio depende nuestra prosperidad; y estáis viendo y oyendo que este Pablo, no solo en Efeso, sino en casi toda el Asia ha extraviado a mucha gente con sus persuasiones, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos. Y no solo hay peligro de que este nuestro oficio caiga en descrédito, sino también de que el templo de la gran diosa Artemisa sea tenido en nada, y ella aun sea despojada de su magnificencia, aquella a quien toda el Asia y el mundo entero adora".

Léase Hechos 19: 23-41.

Lo que encontramos narrado aquí, con abundancia de detalles, es una reacción mercantil-religiosa contra la obra misionera realizada por Pablo y sus compañeros. La diosa *Artemisa* (en latín, Diana), era adorada en Efeso, según parece, en la forma de una estatuílla negra. La ciudad afirmaba ser la cuna de la diosa. En su honor se había construído un suntuoso templo, considerado como una de las maravillas del

mundo. Todo esto atraía a la ciudad multitudes de gentes religiosas y de "turistas". Y, por supuesto, mucho dinero. La adoración de la diosa incluía ritos secretos, probablemente orgiásticos, y magia negra. El impacto producido por la obra misionera de Pablo y sus compañeros sobre estas prácticas supersticiosas —y en consecuencia sobre todo el sistema comercial creado en torno a ellas— se describe en los versículos 19-20 del mismo capítulo 19 de los Hechos. Se trata de una verdadera revolución que tiene su origen en una profunda experiencia religiosa, pero que abarca el orden social, y económico de la ciudad.

Leamos cuidadosamente el pasaje:

v. 23. El escritor (San Lucas) utiliza el título característico de los cristianos primitivos, "los del Camino".

v. 25. "Los operarios de oficios similares", hace referencia a toda la organización comercial conectada con la adoración de la diosa Artemisa incluyendo, probablemente, los muchos negocios conectados con peregrinaciones, etc.

v. 26. Indirectamente, este es un testimonio del éxito alcanzado por el Apóstol en su obra misionera: "ha extraviado a mucha gente con sus persuasiones, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos".

v. 27. El interés personal es el verdadero motivo de la reacción y de la arenga, pero es evidente que la asamblea considera más efectivo el apelar al motivo religioso.

v. 33. Los judíos temían posiblemente el ser confundidos con los cristianos y querían que Alejandro hiciera la defensa de ellos ante el pueblo.

vss. 35-40. Efeso era una ciudad libre, gobernada en forma democrática por asambleas populares. La celebración de una asamblea ilegal (sin ser debidamente convocada), y el linchamiento o ataque de un ciudadano romano (Pablo), podía acarrear graves consecuencias.

Reflexionemos:

1. El motivo ostensible del ataque de Demetrio era su celo religioso por el templo y la adoración de la diosa Artemisa. El motivo real era el peligro que corrían sus intereses comerciales. Cuando la devoción a la religión y el sentimiento patriótico pueden hacerse coincidir con los intereses personales, la intolerancia fanática que resulta rebasa todos los límites. ¿Recordamos casos similares en la historia de las misiones en nuestro país?

2. ¿Es inevitable que el cumplimiento de la misión de la iglesia despierte la oposición de las instituciones socio-económicas? ¿Por qué?

3. ¿Cuáles son las consecuencias económico-sociales de la confesión cristiana: "Cristo es Señor"?

4) Se ha afirmado repetidamente que la obra misionera ha sembrado las semillas de la independencia y de todos los movimientos libertadores de Asia y Africa. ¿Ha sucedido lo mismo en América Latina? ¿En nuestro país? ¿Qué verdad hay en la declaración de que "El Evangelio es siempre revolucionario"?

5. Recientemente se oye hablar mucho de "una guerra religiosa" o de "una cruzada", o de un "frente unido" de todas las ramas cristianas contra el Comunismo. ¿Es posible que semejantes incitaciones a una guerra santa sean inspiradas mayormente por interés financiero antes que por un genuino sentimiento religioso?

6. El hecho de que la iglesia no esté sufriendo la oposición de las instituciones y monopolios socio-económicos del país, ¿será un indicio de que la iglesia no está cumpliendo fielmente con su misión? ¿Será un signo de contemporización?

IX. "UN CUERPO Y UN ESPIRITU"

Léase Efesios 4: 1-6.

"Hay un cuerpo y un Espíritu, tal como fuísteis llamados a la sola esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo; un Dios y Padre de todos nosotros, que es sobre todos, por todos está en todos".

La actividad misionera del Apóstol Pablo consistió mayormente en establecer iglesias en pueblos y ciudades de Asia Menor y Europa. La mayor parte de sus Cartas fueron escritas para instruír, aconsejar y fortalecer estas congregaciones locales. A los miembros de estas iglesias el Apóstol los llamaba "santos" (Ef. 1: 1; I Cor. 1: 2; Rom. 1: 7; Fil. 1: 1), en el sentido de estar consagrados para los propósitos de Dios y estar participando, desde ahora, de la nueva vida "en Cristo". Pero el apóstol se daba plena cuenta de sus imperfecciones: inmoralidad (I Cor. 5: 1), profanación de la Santa Cena (I Cor. 11), pereza (2 Tes. 3), y actitudes que producían la división de la iglesia (Fil. 4, I Cor. 1: 10 ss., 3: 1 ss.). A pesar de todo esto el Apóstol abrigaba el más alto concepto de ests iglesias locales. Ellas eran los canales por los cuales Dios estaba obrando en el mundo: "a fin de que ahora, por medio de la iglesia, sea dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales, la multiforme sabiduría de Dios... según el propósito eterno que él ha realizado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ef. 3: 10-11).

Para el Apóstol, sin embargo, el cristiano no solo es miembro de una iglesia local. Por su participación de la vida nueva

"en Cristo" es miembro del Pueblo de Dios, de la Iglesia Universal. Para describir esta comunidad más grande el Apóstol usa la figura de un cuerpo. La Iglesia es "el Cuerpo de Cristo". Cristo es la Cabeza. Los cristianos son los miembros del Cuerpo. Cuando el Apóstol se refiere a la iglesia en estos términos piensa inmediatamente en la unidad de todos los cristianos "en Cristo". Porque: "Hay *un* Cuerpo y *un* Espíritu..." (Ef. 4: 4). Esta *unidad* de los cristianos, basada en la unión con Cristo y de los unos con los otros, era para el Apóstol la gran realidad nueva de su época. Nunca dejaba de maravillarse ante el hecho inaudito de que "en Cristo" todas las barreras naturales, aun las existentes entre Judíos y Gentiles, habían sido derribadas: "Porque El es nuestra paz, que hizo de ambos pueblos uno solo... para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo... y para reconciliar con Dios, mediante la cruz, a ambos *en un solo cuerpo*..." (Efesios 2: 14-17).

En el día de hoy, cuando la *unidad cristiana* es el gran tema y preocupación de la cristiandad, haremos bien en captar la enseñanza del Apóstol Pablo al respecto. Hay "un solo Espíritu" que da vida, por Jesucristo, a toda persona que trae su vida antigua al pie de la cruz. Ser cristiano significa participar de esta vida nueva del Espírtu, y poder decir "vivo no ya yo, mas Cristo vive en mí". Pero hay también "un solo cuerpo", una sola comunidad visible, un solo Pueblo de Dios, una sola iglesia de Jesucristo. "La unidad del Espíritu" no puede, por lo tanto, entenderse meramente como una unidad interna, invisible, "espiritual", en contraste con la unidad externa y visible. La unidad que los cristianos deben preocuparse por mantener ("solícitos en guardar...", v. 3), es la unidad que el Espíritu Santo crea. Esta unidad no es indiferente a las divisiones externas porque así como hay *un solo Espíritu* hay también *un solo cuerpo*. Las divisiones externas indican, en realidad, falta de unidad espiritual, y de participación en la vida nueva del Espíritu (Comp. I Cor. 3: 14).

Porque la unidad de la Iglesia tiene, finalmente, sus raíces en "un Dios y Padre de Todos, que es sobre todos, por todos y está en todos" (4: 6). El Apóstol exhorta a los creyentes a esforzarse y perseverar ("solícitos..."), por guardar la unidad de la iglesia en vista de los planes eternos de Dios "de reunir todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos como las que están en la tierra" (1: 10). De esta unidad universal que Dios se propone realizar "en el cumplimiento de los tiempos", la Iglesia es aquí y ahora primicias, señal e instrumento. Como Cuerpo de Cristo la Iglesia tiene por finalidad, además, "crecer en todo... hasta la medida de Cristo" (Ef. 4: 15). Esto significa para el Apóstol que todos los miembros de la iglesia deben ser "edificados" hasta "alcanzar la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, el hombre completo, a la medida de le plenitud de Cristo" (4: 13). Es cierto, por lo tanto, que cualquier atentado contra la unidad es también un atentado contra la efectividad de la iglesia en el cumplimiento de su misión dentro de los planes eternos de Dios.

Es necesario leer cuidadosamente el pasaje bíblico:

v. 1. Aun en la prisión el vínculo de la fraternidad cristiana permanece intacto "en el Señor".

v. 1. La vida de los cristianos, aun en su forma externa, debe corresponder a "la tarea que les ha sido asignada".

v. 2. Las actitudes que hacen posible la unidad de la iglesia (humildad, mansedumbre, paciencia), tienen su raíz en *el amor*.

v. 3. "Solícitos..." significa "vigilantes", atentos no solo a no romper "la unidad del Espíritu" nosotros mismos, sino para resolver las dificultades o disensiones que se presenten en la comunidad. "La unidad del Espíritu" es "la unidad que el Espíritu Santo crea", no se refiere a una unidad "espiritual", invisible, que pueda coexistir con divisiones y aun con rivalidades externas.

vs. 4-6. Hay siete bases para la unidad de la iglesia. Un solo cuerpo que recibe su vida de un solo Espíritu y que se mueve progresivamente hacia una sola esperanza. La lealtad al único Señor origina una sola fe, cuya señal externa es el bautismo. Finalmente, el único eterno Dios y Padre que es la fuente de la unidad, no solo de la iglesia, sino del cosmos.

Reflexionemos:

1. ¿En qué forma se da expresión en nuestro país, y en la América Latina, a la realidad de que así como hoy "un solo Espíritu", hay también "un solo Cuerpo", esto es, una sola iglesia visible?

2. Alguien podría decir: "Los asuntos de organización externa no importan. Aun cuando tenemos divisiones exteriores, los verdaderos creyentes son un cuerpo y comparten un Espíritu. Los evangélicos no necesitamos desconcertarnos ante las divisiones de organización porque realmente no tienen importancia". ¿Qué habría dicho el Apóstol San Pablo acerca de esto? (Comp. I Cor. 3: 1-4).

3. Con relación a la "unidad espiritual", un conocido teólogo y misionero contemporáneo ha dicho: "Existe desafortunadamente un empleo indefinido de la palabra "espiritual" que permite a las personas en su conversación ordinaria colocar separadamente las dos cosas que la Escritura une —el cuerpo y el Espíritu—. Se habla de la unidad espiritual como de algo separado de la unidad en un cuerpo. A menudo es difícil saber qué significa eso. A veces quiere decir un sentimiento de unidad que puede expresarse en cortesías ocasionales, o en demostraciones esporádicas de unidad, pero que no es lo suficientemente fuerte como para soportar el esfuerzo de vivir juntos en un cuerpo. Cuando se está contento con esto, el sentimiento degenera en sentimentalismo". Coméntese esta afirmación a la luz del pasaje estudiado.

4. Alguien ha dicho: "Mientras continuemos haciendo ostentación de nuestros líderes y doctrinas características y

de nuestras formas de vida espiritual, mientras continuemos agregando otros nombres al único Nombre, y no nos contentemos simplemente con ser llamados crisitanos, caemos bajo el juicio escritural de no ser "espiriutales", sino "carnales". ¿Qué base tiene esta afirmación en relación con las iglesias de nuestro país?

5. ¿Podríamos afirmar que uno de los retos que se nos presentan es: pueden las iglesias evangélicas de América Latina dar expresión en la práctica a lo que predican con los labios sobre el poder reconciliador de Cristo?

X. LOS DONES DEL ESPIRITU

Efesios 4: 11-13
I Corintios 12: 4-11

"Y sus dones consistieron en que algunos fuesen apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y maestros, para el apresto de los santos para una obra de servicio, para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre completo, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo..."

"Ahora bien, hay diversidad de dones, mas el Espíritu es el mismo; hay diversidad de ministerios, mas el Señor es el mismo; y hay diversidad de operaciones, mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos. A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien general. A este le es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a aquel, palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, en el mismo Espíritu, fe; y a otro, en el único Espíritu, dones de sanidades; a otro, operaciones de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; y a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, la interpretación de lenguas. Mas todas estas cosas las obra el mismo y único Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como él quiere".

Léase Efesios 4: 7-16.
(Comp. I Cor. 12, y Rom. 12: 1-8).

Estos pasajes nos revelan algunas verdades importantes con respecto a la vida de la iglesia y al modo de llevar a cabo su misión en el mundo.

Notemos, en primer lugar, que la imagen de la iglesia que nos presentan estos pasajes bíblicos es la de una *comunidad carismática.* Esto es, una comunidad animada, dotada y dirigida por el Espíritu Santo (Comp. I Juan 3: 24, 4: 13; I Cor. 12: 4-30; Hech. 8: 29, 39; 16: 6-10). La edificación de la iglesia, su crecimiento "a la medida de la plenitud de Cristo", el cumplimiento de su misión en un lugar dado, se producen gracias a los diversos dones que el Espíritu ha dado a la congregación y que permiten a cada miembro cumplir su ministerio, de manera que todo el cuerpo "bien concertado y unido entre sí por las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor" (Ef. 4: 16). En I Corintios 12, el apóstol menciona una larga lista de "dones": predicación, enseñanza, fe, operación de sanidades, de milagros, don de profecía, discernimiento de espíritus, diversos géneros de lenguas, interpretación de lenguas, etc. Estas no son simplemente aptitudes naturales. Son dones *espirituales* que el Espíritu da a la Iglesia. Además de todos estos dones, que son apropiados a las necesidades de cada congregación, el Apóstol Pablo se refiere a una variedad de ministerios especializados. Habla de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, cuya función específica es la de "equipar a los santos para la obra del ministerio" (Ef. 4: 12). La expansión espontánea de la iglesia depende de la acción de creyentes consagrados ("santos"), que participan del ministerio de Cristo en el mundo. Para cumplir este ministerio los creyentes deben ser preparados y sostenidos, y esta es precisamente la función de los hombres especialmente dotados por el Espíritu. Tales "hombres dotados" son también un don del Espíritu Santo a la Iglesia.

Muy a menudo, en el día de hoy, los pastores y otros obreros eclesiásticos, tenden a pensar que les corresponde

a ellos hacer la obra de la iglesia, cumplir la misión que Jesucristo dio a toda la comunidad cristiana. Puesto que bien pronto se convencen que les resulta imposible cumplirla solos, entonces deciden "usar los laicos" (!): los miembros se convierten entonces en *ayudantes* de los pastores, y se va creando una especie peligrosa de clericalismo que acaba con el testimonio espontáneo de la iglesia. La imagen que nos representa el apóstol Pablo de la manera como una congregación cumple con su misión es totalmente distinta. Los miembros de la iglesia ("santos"), son los que realizan la misión, ejerciendo su sagrado ministerio *en el mundo.* Los pastores, evangelistas, maestros, etc., son, en un sentido, los ayudantes de los santos, cuya función consiste en orientarlos, instruírles, "equiparles" continuamente para el mejor cumplimiento de su ministerio.

Es preciso leer cuidadosamente el pasaje (Efesios 4: 7-16):

v. 7. "*A cada uno de nosotros*". Se hace hincapié en la función individual en relación con el todo. Compárese I Cor. 7: 7. La expresión "*según la medida...*" sugiere las limitaciones impuestas sobre los dones acordados a cada individuo. Los dones de cada miembro deben ser suplementados por los dones de los demás. Compárese I Cor. 12: 20-22.

v. 8. En la imaginación del Apóstol la iglesia es comparable a "*una hueste de cautivos*" que siguen en procesión al Rey vencedor.

vs. 9-10. El "descenso" (humillación) y el "ascenso" (exaltación) de Cristo forman el trasfondo apropiado para comprender el propósito de los "dones espirituales": se trata de dones que exaltan al creyente a una vida "en los lugares celestiales con Cristo", para que pueda *descender* a una obra de servicio en el mundo.

vs. 11-12. El propósito de los "ministerios especializados" es el de "*equipar a los santos para la obra del ministerio*". Algunas versiones oscurecen el significado del versículo aña-

diendo una coma después de la palabra "santos". En esta forma aparece como si "el apresto de los santos, la obra del ministerio y la edificación del cuerpo de Cristo" fuera la tarea de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros.

v. 13. El objetivo final de la obra tanto de los creyentes especialmente dotados como de los "santos" en general, es "*la humanidad completa, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*". La expresión se refiere a la comunidad entera ("hasta que *todos* lleguemos..."), y no a cada individuo en particular.

v. 14. La inestabilidad y la falta de madurez son los principales obstáculos para la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios.

vs. 15-16. Solo el funcionamiento armónico de los miembros produce el crecimiento natural del cuerpo.

Reflexionemos:

1. ¿Corresponde la "imagen" de la iglesia Neotestamentaria a la realidad de nuestra congregación local? ¿En qué descubrimos la diferencia?

2. Hemos visto que el Espíritu Santo, como supremo director de la vida de la iglesia, da a cada congregación los dones específicos que necesita para su misión y que se expresan en sus miembros. ¿Qué nos indica esto con relación a las posibilidades existentes en nuestra congregación local?

3. Se ha dicho que "la iglesia podrá vivir y crecer en la medida en que sea libre para discernir aquellos dones (del Espíritu), y dar a los hombres que los recibieron la oportunidad de usarlos y la preparación necesaria para realizar su vocación". Coméntese esta afirmación a la luz de los pasajes estudiados. ¿Es así como se concibe, planea y lleva a cabo la obra nuestra congregación local?

4. ¿Es cierto que algunas iglesias tienden a organizarse, y a concebir la manera de llevar a cabo su labor, en los mismos términos que las sociedades de este mundo?

5. ¿Qué renovación sería necesaria en nuestras iglesias para que expresaran mejor su propia naturaleza como "comunidades del Espíritu"? ¿En su organización? ¿En su ministerio? ¿En su forma de responder a los retos que se le presentan?

6. ¿Es cierto que el ministerio de la Iglesia no puede ser delegado en sus oficiales sino que "la obra del ministerio" debe ser realizada por los santos, esto es, por los miembros de la Iglesia? ¿Es cierto que la función específica de los oficiales de la iglesia no es principalmente la de hacer la obra de la iglesia ellos mismos, sino más bien la de animar, guiar, instruír y "equipar" a los santos en el cumplimiento del ministerio? Si esto es así, ¿qué renovación se hace necesaria en la vida congregacional, la preparación de laicos y la preparación de los pastores de nuestra iglesia?

7. Considérese la siguiente experiencia de un gran misionero contemporáneo: "Cuando fui como misionero a la India me di cuenta de la manera como se procedía cuando un grupo de personas venían de una nueva aldea solicitando instrucción cristiana y el bautismo. Se buscaba un agente preparado y asalariado ("un obrero de tiempo completo"), a quien se había entrenado en la escuela de la Misión, a quien se conocía y en quien se confiaba, y se le enviaba (como se decía), "para que se encargara de la congregación". Después de doce o catorce años de experiencia misionera en la India he aprendido que hay otra forma de proceder. Empieza precisamente por observar el tiempo suficiente para descubrir qué es lo que el Espíritu Santo ya ha comenzado a hacer y a edificar. Significa encontrar la persona o personas que el Espíritu Santo ya ha tomdao, en quienes El ya ha encendido la fe en Jesús, no importa cuán ignorante y primitivo parezca, y considerar a esa persona o personas como aquellas a quienes

El ha escogido para empezar la buena obra en aquel lugar. Esto quiere decir que uno nunca puede poner a esa persona a un lado en favor de un obrero mejor entrenado y más eficiente, según la Misión, sino que debe, más bien, hacer de este trabajo que el Espíritu ha empezado, el centro y fundamento de lo que ha de continuar". Piénsese en experiencias similares que corroboran la conclusión anterior. ¿Qué renovación implican estas experiencias para la estrategia y modalidades de misión y evangelización de nuestras iglesias?

LISTA DE ESTUDIOS BIBLICOS

PAG.

I. La Asamblea Constitutiva de la Iglesia. San Juan 20: 19-23 — 7

II. "El Pueblo Propio de Dios". I Pedro 2: 9-10 — 12

III. "Yo os Envío". San Juan 20: 20-21, Hech. 1:8, S. Mateo 28: 18-20 — 18

IV. "Recibid el Espíritu Santo". Hechos 2: 1-11 — 20

V. La Vida Comunitaria de la Congregación Local: Un caso concreto. Hechos 2: 41-47; 4: 32-37 — 25

VI. La Expansión Espontánea de la Iglesia: Un caso concreto. Hechos 8: 1-17, 11: 19-26, 13: 1-3 — 30

VII. Conflictos de la Expansión Misionera: Un caso concreto. Hechos 1: 1-34 — 34

VIII. Obra Misionera y Revolución. Hechos 19: 23-41 — 40

IX. "Un Cuerpo y un Espíritu". Efesios 4: 1-6 — 43

X. Los Dones del Espíritu. Efesios 4: 7-16, I Cor. 12 — 48